

Capítulo 5: La Oración de Intercesión

Gran parte del ministerio de oración es la oración intercesora: orar por otros. «Nadie ora correctamente, quien ora solo por sí mismo», alguien ha dicho. A menudo tenemos tantas necesidades y cargas propias que olvidamos orar por otros, o quizás oramos por ellos demasiado poco.

Dios nos ha llamado a estar en la brecha entre otros y el juicio divino. «Y busqué entre ellos un hombre que levantara un muro y se pusiera en la brecha delante de mí a favor de la tierra, para que yo no la destruyera» (Ezequiel 22:30). Que Él encuentre entre nosotros algunos que se pongan en la brecha por nuestra iglesia, por esta generación, por esta ciudad, por esta nación, por nuestro mundo, mediante nuestras oraciones de intercesión. ¡Ay de nosotros si no hacemos esto! (Ezequiel 13:3-5).

La oración egoísta resulta contraproducente y nos deja con nuestras propias oraciones sin respuesta. «Y aun si piden, no reciben, porque piden mal, para gastarlo en sus placeres» (Santiago 4:3, DHH). Jesús es nuestro intercesor ahora mismo, a la diestra del Padre (Hebreos 7:25), pero mientras estuvo en la tierra, también intercedía constantemente por otros. En Su última oración registrada (Juan 17), pasó la mayor parte de Su tiempo orando por otros. Cuando Pedro enfrentaba la prueba de su vida, Jesús le aseguró que mientras Satanás lo atacaba, su Salvador estaba orando por él (Lucas 22:31, 32).

Moisés, el hombre de Dios, fue un intercesor sin igual. Oró incluso por aquellos que se le oponían (Éxodo 32:30-32; Números 12:1-13; Números 14:1, 20). El apóstol Pablo no solo buscó la intercesión de los hermanos en su propio favor (2 Corintios 1:11; 1 Tesalonicenses 5:25; 2 Tesalonicenses 3:1; Hebreos 13:18), sino que a menudo les recordaba su intercesión en favor de ellos (Romanos 1:9; Efesios 1:16; 1 Tesalonicenses 1:2; Filipenses 1:4). Pablo nos dice claramente que tenemos la obligación de interceder por todos los hombres (1 Timoteo 2:1).

Jesús ordena a Sus seguidores que oren incluso por aquellos que nos hacen mal (Lucas 6:28). Nos dejó Su propio ejemplo a seguir (Lucas 23:34). Esteban, el primer mártir cristiano, imitó al Maestro (Hechos 7:59, 60). El punto es que nadie está exento de necesitar nuestras oraciones de intercesión. Seremos bendecidos si dedicamos tiempo a orar sinceramente por otros.

Señor, ayúdame a vivir día tras día

De una manera tan olvidadiza de mí mismo,

Que aun cuando me arrodille a orar, Mi oración sea por otros.

Otros, Señor, sí otros, Que este sea mi lema;

Ayúdame a vivir para otros, Para que pueda vivir como Tú.

—Charles D. Meigs

Hagan una lista de personas cercanas y lejanas, amigos y enemigos, por quienes puedan interceder. Asegúrense de incluir a personas que aún no son sus amigos. Recuerden interceder por sus compañeros de iglesia, los jóvenes, los enfermos, la iglesia mundial, los misioneros, los líderes de la iglesia, los puntos conflictivos de la tierra, su vecindario, su nación y los grupos de personas del mundo. La lista es interminable. Ahora ven por qué los cristianos notables pasan tanto tiempo en oración. Una de las grandes alegrías que hemos experimentado a lo largo de los años ha sido conocer a personas que compartieron con nosotros el hecho de que oraban regularmente por nosotros.